

Iglesia Católica y Europa contemporánea¹

Revista Mensaje, en su editorial de julio del año en curso, ha tenido palabras duras pero veraces para el momento actual que vive la Iglesia Católica. Cito: “En Chile, los patrones culturales y los valores están cambiando en forma vertiginosa. El mayor aprecio que los chilenos otorgan a la libertad individual ha hecho más difícil ofrecer un discurso eclesial persuasivo. (...) (...) Muchos piensan que los católicos no estamos respondiendo a las inquietudes, búsquedas y problemas del mundo actual. Tampoco se nos percibe con una reflexión que desde la fe proponga nuevas respuestas a los desafíos que presentan los cambios culturales (...) (...) Esto y las acusaciones de abusos sexuales han significado un desgaste lento pero constante de nuestra credibilidad, capacidad evangelizadora y presencia como Pueblo de Dios”.

¿Qué cambios culturales están afectando de esta manera la presencia de la Iglesia Católica? Chile se encuentra compulsivamente proyectado hacia delante buscando imitar estilos de vida y modelos de desarrollo que nos vienen del norte rico ¿Qué nos enseña la experiencia religiosa de los países desarrollados? Para responder a esta inquietud nos puede aportar algunas luces un estudio acerca de capital social² que abarca Gran Bretaña, Suecia, Australia, Japón, Francia, Alemania, España y Estados Unidos. Su coordinador, Robert Putnam, constata el descenso sostenido a las iglesias. ³ “Para decenas de millones de ciudadanos de estas democracias constituidas, iglesias, sindicatos y partidos representaron en otros tiempos una fuente básica de identidad, apoyo social, influencia política, participación comunitaria y amistad; en resumen, un depósito primordial de capital social. El declive universal del compromiso con estas instituciones es un hecho llamativo en relación con la dinámica del capital social en las democracias avanzadas”.⁴ Estas instituciones brindaron oportunidades a los sectores de la población más pobres y con menos estudios. Promovían objetivos sociales amplios que buscaban transformar solidariamente las sociedades y las vidas de quienes los seguían. Su declive sería producto de la crisis de la confianza social que se observa en el mundo capitalista desarrollado. ¿Quiénes los sustituyen? Lo hacen “formas personales, fluidas e informales de vinculación social, lo que Rothstein denomina “individualismo solidario”, y Wuthnow “vinculaciones flexibles”.⁵

¹ Sergio Micco Aguayo, abogado y cientista político

² La iglesia, para un cientista social y utilizando una jerga de moda, es parte del capital social de un pueblo. La iglesia aporta normas y valores compartidos que promueven la cooperación social. El capital social genera sentimientos de solidaridad que son claves para el desarrollo de los pueblos y la legitimidad de sus democracias. Ver: Fukuyama, Francis; *Capital social y agenda del desarrollo*; en: Atria, Raúl y Siles, Marcelo (Compiladores); **Capital Social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma**; CEPAL; Santiago de Chile; 2003; pp. 37 y 57.

³ Putnam, Robert D., **El declive del capital social**. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario; Galaxia Gutenberg; Barcelona; España; 2003; ; pp. 643

⁴ *Ibidem*; pp. 644

⁵ *Ibidem*; pp.647

Miremos con más detención ahora los cambios en las identidades de franceses y españoles.⁶ Jean-Marie Donégani constata un profundo cambio en el paisaje religioso. “En las primeras encuestas nacionales, a principios de los años cincuenta, los “practicantes regulares”, los que declaraban ir a misa todos los domingos, representaban más del 40 por ciento de los franceses de más de quince años, un 28 por ciento de hombres y un 49 por ciento de mujeres. A mediados de los años noventa, unas medidas comparables llevan a un porcentaje del 9 al 10 por 100 (un 5 por ciento de hombres y un 18 por 100 de mujeres)”.⁷ Sólo un 2% de los menores de 25 años iban a misa en 1994. Ahora bien, es interesante destacar que un 79% de los franceses se declararon en 1993 católicos, aunque un 51 por cien dijo ser “no practicante”. Las declaraciones de pertenencia religiosa se mantienen fuerte, pero la práctica se hunde.

En España, el estudio quinquenal sobre “Jóvenes 2000 y religión” encargada por la Fundación Santa María, demuestra que mientras un 66% de los encuestados se declara católico, sólo un 5% de los mismos afirma compartir la doctrina eclesial. Un 38% se declara católico practicante; un 28% se católico no practicante y un 32% como agnóstico, ateo o indiferente. Los jóvenes en un 66% consideran que la Iglesia exige más de lo que ella misma está dispuesta a dar, cifra que aumenta a un 90% entre quienes consideran que la Iglesia tiene una postura anticuada sobre las libertades sexuales en general. Respecto de la práctica religiosa sólo un 12% afirma asistir a misa una vez por semana, siendo el estrato de 13 a 14 años quienes mayormente participan en la misa dominical. Un 79% considera que la Iglesia es demasiado rica; más de un 50% considera que la Iglesia se compromete poco con los más pobres y débiles.⁸

La Unión Europea acaba de sancionar su Constitución. Y en ella no se hará referencia a sus raíces judeo-cristianas. Tal decisión, contra la opinión del Vaticano, sólo viene a refrendar un doble proceso temporal: la secularización de Europa y la desinstitucionalización de la religiosidad. El primero apunta a aquel proceso histórico de retiro de las iglesias de ciertas funciones (políticas, educativas, sanitarias, animadoras, caritativas) que van siendo asumidas por organizaciones laicas o por el Estado. La desinstitucionalización, otros hablan de desclericalización del fenómeno religioso, testimonia una pérdida de influencia de las instituciones religiosas en la vida privada. La producción de normas morales y del sentido de lo religioso es reservado cada vez más a la conciencia íntima del creyente, no a teólogos, clérigos ni jerarquía.

⁶ Aclaremos que no nos centraremos en Estados Unidos ni en América Latina. El país militar, tecnológica y económicamente más poderoso del mundo practica sus valores religiosos en forma bastante más entusiasta que la europea, tanto en la esfera privada como en su discurso público. Ver: Lehman, Carla; ¿Cuán religiosos somos los chilenos? Mapa de la religiosidad en 31 países; en: **Estudios Públicos** N ° 85; Centro de Estudios Públicos; Santiago de Chile; Verano del 2002; pp. 21-46. Ni la riqueza ni la modernización durante el siglo XX significaron “la muerte de Dios”. Por otro lado, en América Latina el retroceso del catolicismo es a manos del movimiento protestante. Por ello un triunfante Berger ha exclamado que “Weber está vivo y reside en América Latina”. Citado en: Fukuyama, Francis; Capital social y agenda del desarrollo; Opcit; pp. 46.

⁷Dubar, Claude; **La crisis de las identidades**; Ediciones Bellaterra; Barcelona; España; 2003; pp.153.

⁸ Diaria El Mundo, 26 de febrero del 2004

No es raro entonces que el teólogo francés Christian Duquoc nos hable de un rumor inquietante, apremiante según algunos: el cristianismo ha envejecido, el cristianismo se muere.⁹ El innegable declive cultural y social lo obliga a plantearse la cuestión. Sin embargo, Duquoc advierte de entrada que “no es dominando el mundo a base de realizaciones sociales o culturales, ni a base de grandezas eclesiales, como la fe asegura su futuro, sino permaneciendo atenta a la Palabra de Aquel a quien ningún imprevisto podrá jamás desconcertar ni perversión alguna será capaz de impresionar”.¹⁰ Haciendo pues un giro en este artículo, aceptemos la invitación del teólogo y digamos que es tiempo ya que el mundo de la evidencia empírica dispersa guarde silencio y comience a hablar la fe que ilumina estos procesos sociales y religiosos.

Vivimos tiempos de crisis, como siempre. Un mundo viejo no termina de morir y un mundo nuevo no termina de nacer. Duquoc nos relata que no es nada nuevo para la fe judeo-cristiana. Abrahám murió sin haber visto realizada la promesa de una tierra, descendencia y bendición para todos. Moisés alcanzó a ver una Tierra Prometida que lejos de ofrecer leche y miel, significó guerras, muertes y conquistas. El exilio a Babilonia y los libros de Job y del Qohélet nos hablan de la triste constatación que en este mundo el justo no es justificado ni el pecador castigado. Horror fue lo que sintieron los discípulos que huyeron ante el arresto de su Maestro. Los primeros cristianos murieron esperando el advenimiento de un Reino de los Cielos que no llegaba. Los que creyeron en la conversión del Imperio Romano y en la posibilidad de una cristiandad a semejanza del Reino del Señor murieron en la decepción de las guerras religiosas.

¿No estaremos asistiendo al fin de una etapa de nuestra iglesia europea y mundial que creyó que mediante el orden político podría crear en este mundo un reflejo del reino de los cielos? ¿No será el comienzo de una nueva etapa, post Constantino, anticipada en el Concilio Vaticano II? No lo sabemos, pero lo que sí sabemos que “el futuro de la Iglesia es objeto de una esperanza contra toda esperanza y no cuestión de futurología”.¹¹ Esperanza supraracional que se afirma en una atenta lectura de los signos de los tiempos que debemos interpretar como síntomas y provocaciones.

La Iglesia debe cambiar, qué duda cabe. Como comunidad debe atreverse a abrirse al servicio del mundo; volverse más universal y ecuménica; construirse desde la base de libres iniciativas y asociaciones; democratizarse en el sentido de reconocer un derecho a participar deliberativamente de sus laicos, en forma graduada y diferenciada y asumir una actitud crítica frente a un mundo de injusticias y desigualdades contrarias al mensaje evangélico¹². Esta es una primera invitación.

⁹ Duquoc, Christian; **Cristianismo: memoria para el futuro**; Sal Terrae; Santander; España; 2003; pp. 11

¹⁰ Ibidem, pp. 11.

¹¹ Rahner, Karl; **Cambio Estructural de la Iglesia**; Ediciones Cristiandad; Madrid; España; 1974; pp.11.

¹² Eran las características de la Iglesia alemana en la cual soñaba Karl Rahner, Ver: Rahner, Karl; **Cambio Estructural de la Iglesia**; Opcit; pp. 113-164.

Revista Mensaje invita a la Iglesia Católica chilena a abrirse más al dato de la autonomía personal. Esa es la segunda clave a discernir. Cada vez más el hombre y la mujer contemporáneas valoran su dignidad, derechos y libertades personales. ¿Cómo no ver aquí un fruto precioso del mensaje cristiano? Las comunidades humanas exitosas de hoy aceptan este dato y crean movimientos horizontales de participación más individuales, liberadores y fragmentarios. Tales movimientos no renuncian al otro ni al servicio de lo trascendente, pero lo hacen de otro modo. Nuestros compatriotas quizás no van a misa regularmente, pero sí concurren por centenares de miles a reverenciar a la Virgen María. Nuestros jóvenes no acepten doctrinas morales que sienten lejanas, pero sí se suman por miles a las pastorales juveniles y al voluntariado.

El cristianismo europeo y latinoamericano no se muere, sólo está naciendo de nuevo.